



Oscura Navidad

Por Teresa Pérez Landa

Dicen que aquella Navidad en William's Hill todo se detuvo de repente. Corría el año 1914. Desde entonces nadie ha visto entrar o salir a persona o animal de esa casa, o al menos eso es lo que cuentan en el pueblo de Williamsbourgh. Mis abuelos eran de allí y siempre escuché relatar esa historia de su boca y de la de todos los vecinos. Ya no tenemos arraigo en la zona porque tras su fallecimiento vendimos

la casa familiar, aunque de vez en cuando echo de menos el pueblo, sus alrededores siempre tan verdes y en otoño tan ocres, echo de menos todo cuanto hacía cuando íbamos de visita. Nadie supo qué paso aquella terrible noche del 24 de diciembre. Al día siguiente primero todo el pueblo oyó sirenas, después corrió la voz: habían encontrado a la familia Johnson asesinada; pero nadie había forzado puertas ni ventanas, no había armas ni signos de que las hubiera, ni heridas en los cuerpos, ni veneno en la comida que aún estaba sobre la mesa al día siguiente, como si ni siquiera hubieran empezado a cenar, el fuego todavía crepitaba en sus últimos estertores, el árbol de Navidad con sus regalos estaba immaculado (una muñeca para Susan y un regalo enorme sin abrir para Tom, los dos niños). Era como ver una instantánea de una polaroid, solo que esta instantánea incluía a la familia esparcida por el salón. Todos y cada uno de ellos tenían una mueca en el rostro que heló la sangre a policía y forenses. La casa se cerró, igual que el caso, sin encontrar culpables, y como no había herederos, nadie reclamó el inmueble.

Este año me acercaría hasta la casa, en Navidad, llevaba postergándolo meses y meses, pero en el grupo de investigación parapsicológica con el que colaboro cada vez aumentaba la presión, esa casa era una perita en dulce aguardándonos para investigar. Así es que sí, fuimos. Mi equipo y yo. Mi equipo que se componía de Joe “ruiditos”, Alfred “el vigilante”, y yo, Ethan “el del don” (llevo ese apodo porque desde muy pequeño puedo ver espíritus y hablar con ellos).

Estábamos allí, frente a la decrepita casa, por fin. Entramos sin problemas. Todo estaba oscuro a excepción de los haces de luz que entraban por las sucias ventanas, en las cuales volaban las motas de polvo que quedaban atrapadas. Todo estaba tal y como lo dejaron después de la investigación de los sucesos. Era triste y al mismo tiempo invitaba a dejar los equipos encendidos para captar todo cuanto pudiéramos, pero no logramos siquiera empezar a sacarlos de las mochilas y maletines, porque casi sin darnos cuenta nos había rodeado un ejército de arañas con un tamaño que no era de este planeta. Gigantes, negras y peludas, con sus ocho ojos inyectados en sangre.

Nos envolvieron en una espesa tela blanca de la que era inútil tratar de escapar. ¿De dónde habían salido?, imposible saberlo. Tuve miedo. Veía a los espíritus de la familia Johnson mirar desde el fondo del salón, pegados a una pared de la que colgaba un espejo enorme. Nos veía atrapados en el espejo tras sus sombras. Pensé que había llegado mi final.

Desperté varios días más tarde en la cama de un hospital. En cuanto pude hablar pregunté por mis compañeros, los enfermeros y los médicos me miraron con una expresión extraña y por única respuesta me dijeron que solo yo estaba en la casa de William's Hill.